

por la metralla (II y final)

a poder tirar fotos de noche”.

El propio militar nos ofreció como dormitorio un almacén cercano, y allí Collado, el chofer, y yo buscamos el rincón más “cómodo”. A medianoche descubrimos que no éramos los únicos “huéspedes”; había otras personas que trataban de conciliar el sueño. Como alguien alzara un poco la voz, un miliciano mandó a hacer silencio, a la vez que indicó que no se fuera a encender ni un fósforo, si es que no queríamos volar todos por los cielos.

—¿Y por qué? —preguntó otro...

—Miren para todas partes, y verán...

En medio de la semi oscuridad, en todo el amplio espacio para almacenar el azúcar, vimos no sé cuantas cajas llenas de proyectiles, todas clases de armas: ametralladoras, obuses, cañones, dinamita; también otros equipos de guerra que los mercenarios habían abandonado durante su zafarrancho de huida.

No recuerdo quién fue, de todos los que estábamos allí, el primero en abandonar como un bólido, “como alma que lleva el Diabolo”, aquel “incómodo” almacén del “Australia”.

El amanecer fue dormitando sobre las traviesas del tren de vía estrecha, con una traviesa como almohada. Allí nos sorprendieron, a unos metros de distancia, los restos de uno de los B-26 yanquis derribados por las cuatro bocas, que tan valiente y magistralmente habían manipulado los jóvenes artilleros de la Base “Granma”, del Mariel, y que no se dejaron engañar por la falsa sigla de las FAR pintada en el fuselaje de los aviones piratas que la CIA puso a su servicio.

■ FÁCIL CAPTURA DE UN “PEJE GORDO”

En los instantes en que recorríamos las áreas cercanas, llegó una noticia que de inmediato corrió de boca en boca: los obreros hablaban y comentaban con júbilo sobre la captura de otro invasor.

—“¡Es un peje gordo!”, les oímos decir.

Una veintena de campesinos, en su mayoría macheteros, rodearon el automóvil donde traían de Playa Larga al prisionero, según decían.

Cuando nosotros llegamos a la puerta de la Comandancia, un joven alto, de ojos tirando al color azul claro, charlaba con un comandante del Ejército Rebelde y otros oficiales del área de la “Operación Limpieza”.

El prisionero —vestía una camisa de mezclilla azul claro y un pantalón con las piernas recortadas, como un short o bermuda— se sentó en el suelo entre otros de sus compañeros, también capturados minutos antes. Alguien, entre los campesinos u obreros del central, le

trajo a solicitud mía un pequeño pomo de mercurio cromo, otro con agua oxigenada y un pedazo de algodón, con todo lo cual el prisionero se hizo una curita en los rasguños que tenía en una rodilla.

Ulises, además, calzaba unas alpargatas de lona de un campesino.

Un escolta nos dijo calladamente que acababa de entregarse hacia cerca de media hora. “Sin hacer resistencia”, agregó.

—Oiga, prisionero —dijo uno de los campesinos que se había acercado a la improvisada celda donde radicaba un almacén de madera—, ¿usted es el periodista?...

—Sí —expresó secamente—. Yo soy Ulises Carbó.

Al campesino se lo habían dicho. Pero prefirió oírlo de sus propios labios.

■ LA ENTREVISTA

Ulises Carbó siguió sentado entre sus compañeros de invasión. Lucía confiado. En sus ojos había algo de fatiga, no obstante lo cual, observaba todos los movimientos, tanto de los escoltas como de todos los que estábamos presentes, en una reacción propia del momento.

A ratos, y como con sorpresa y posible agradecimiento, la mirada se le iba para la persona que le facilitó los materiales con que se curó los rasguños.

—¿Dónde vino usted? —fue mi primera pregunta tras presentármele.

—En un barco... Vine solamente como periodista y como marino del barco. No como combatiente. (Nota: Días después, un mercenario declaró a otro periodista de **Revolución** que Ulises había venido en uno de los bombarderos B-26 que ametrallaron la Ciénaga).

—¿Por qué vino?

—Bueno, en primer lugar por la propaganda que hacen allá de Cuba. Usted sabe...

Hace un gesto con la cabeza y la mano.

—¿Quién o quiénes cree usted que sean los responsables de esta invasión a nuestra Patria?

—Bueno, de eso no hay dudas: los americanos.

—¿Usted oyó en estos días la radio? ¿Oyó a sus compañeros que fueron entrevistados por la televisión y la radio?

—Eso era imposible. Este compañero —señala para el grupo a uno— y yo, solo teníamos puestos los calzoncillos...

—Se lo pregunto —le expreso— porque quería saber si usted sabía o había oído al señor Kennedy decir públicamente que él y la Agencia Central de Inteligencia (CIA) eran los responsables de esta frustrada invasión.

—Yo no lo oí ni lo sabía. Soy yo quien asegura que fueron ellos.

■ TAMBIÉN FUE “EMBARCADO”...

El ex subdirector de Prensa Libre deseaba más preguntas. ¡Había tantas que hacerle! Él siguió hablando.

—Mire, usted es periodista, como yo... Por ahí habrá quienes digan que vinieron “embarcados”. Siempre pasa igual en estos casos...

—Y ¿usted?

—Le voy a decir: Yo no vine “embarcado”. A mí lo que me duele es que siendo yo un hombre inteligente y culto, que conoce, haya sido “embarcado” por estas gentes. ¡Ese es mi grave error!

Otras voces se oyen. Los allí presentes quieren saber más cosas del hijo de Sergio Carbó, el director propietario de Prensa Libre. A todos contesta con locuacidad. Las preguntas comprometedoras las responde por lo general, de forma evasiva.

—¿Y qué le parece todo esto? ¿Qué impresión tiene? —le pregunto.

—¡Imagínese! Puedo decir que al llegar a Cuba y por las cosas que he visto y oído, tengo que decir que Fidel cuenta con el apoyo de todo el pueblo. Parece que Fidel sabe lo que hace. Es capaz de saber lo que va a pasar de aquí a cincuenta años...

—¿Con usted vino otro periodista?

—Sí. Pero no sé dónde está.

Nuevos vecinos del “Australia” y de Jagüey Grande han llegado para ver y repudiar a los prisioneros. Todos hablan a la vez, y no es fácil realizar el interrogatorio; o mejor, tomar nota de todo lo que responden al interrogatorio popular.

—¿Y Artime? —le pregunto de pronto.

—¿Manolo Artime? —se pregunta a su vez, y se advierte el tono familiar o de confianza con que nombra a uno de los principales jefes de la Brigada 2506.

—No, no sé. No sé dónde está. Creo que vino.

Cambia el tema. Siguen las preguntas de los cienagueros.

—Mire, cuando yo vi a los Somoza —dice— sabía que esto estaba malo. Usted sabe que todos en Prensa Libre combatíamos a esos señores de Nicaragua...

El comandante que los custodiaba da una orden. Ulises Carbó y los demás se ponen de pie. Van a ser trasladados. En fila india salen de lo que llaman celda y que no es otra cosa que un local rodeado de cujes o varillas de madera de la ciénaga, que sirve de cuarto de desahogo del central.

Cuando el público congregado allí los ve salir, se oye un murmullo de repulsa. Los prisioneros caminan hacia los automóviles, imperturbables. Ya en la misma puercecita el contratista Ulises Carbó se vuelve para uno de los escoltas y le dice:

—Muchas gracias. Muchas gracias por todas las atenciones. Les

estoy muy agradecido por el trato que nos han dado.

Los carros van a arrancar cuando alguien del público, de civil, se acerca al heredero de Sergio Carbó, y le pregunta:

—¿Usted es Ulises Carbó?

—Sí señor.

El individuo se quedó mirándolo fijamente. Parecía buscar en la mente una frase. Quizás la menos hiriente. Y sin quitarle los ojos de encima le dijo:

—¡Compadre! ¡Cómo usted habló m... por Radio Swan!

El prisionero nos miró. Y sin vacilar respondió:

—Yo —expresó— no hablaba por Radio Swan. Es Humberto... Medrano.

Seguramente, aquel campesino no supo que le habían hablado de un miembro de la familia Carbó y, por más señas, de otro de los dirigentes de Prensa Libre, publicación que habían venido a recuperar los invasores, junto con las demás propiedades nacionalizadas.

Los automóviles partieron raudamente. Por entre el bagacillo y el polvo quedado como estela, pudimos ver al fondo del central los restos del B-26 yanqui derribado por las cuatro bocas de las fuerzas revolucionarias.

Un campesino, vestido de miliciano, nos dijo que creía que aquel amasijo de hierro que fue un avión, había matado días atrás “a la mujer del vecino de Soplillar, Liborio Rodríguez; la misma cuyo nombre había salido en los periódicos, y el que hirió a Caridad Castro, Cruz Rodríguez y Esther Rodríguez...”

Cuando terminó de hacernos el comentario, los vehículos donde iban Ulises Carbó y sus compañeros, habían alcanzado una mayor velocidad y desaparecido del área de la “Operación Limpieza”.

La captura de lo que los cienagueros y los trabajadores del “Australia” calificaron de “peje gordo”, se dio en un flash, en un ¡ÚLTIMO MINUTO!, por la radio y la televisión, gracias a que pude contar con la colaboración de Roxana Rodríguez, la entonces secretaria de Abraham Masiques, director del plan turístico, que me facilitó el teléfono de magneto que había en su oficina, y que junto con el del central eran los únicos que existían entonces en toda la zona del desembarco.

Sí, como decía al principio, el tiempo y la distancia me hicieron una mala jugada, periodísticamente hablando...

Además de no poder estar cerca de Fidel cuando dirigía las operaciones, tampoco pude estar, como hubiera deseado, en la primera línea y al lado de Ernesto Fernández, quien, como dije anteriormente, a escasos días antes de la invasión había hecho las fotos de nuestro reportaje “**ESTA ES PLAYA GIRÓN**”...